
UN COMENTARIO DE PSICOANÁLISIS- FICCIÓN SOBRE “EL DOLOR DE MARÍA” DE JOSÉ LUIS DÍAZ

FERNANDA CLAVEL DE KRUYFF

En el mundo en que nos tocó vivir el dolor parece inevitable, tan inevitable como la muerte. Un cuento de ciencia ficción como *El dolor de María* abre una posibilidad nueva en la que nuestras expectativas se rompen al aparecer un ser extraordinario, María, incapaz de sentir dolor.

El cuento establece un lugar en el que podemos concebir las cosas de otra manera. Se torna inteligible lo que en una situación normal nos parecería absurdo.

Las ficciones inteligibles siempre están circunscritas a un foco, un área delimitada en la que por convención no se pregunta sobre el resto del mundo posible. Mi intención es aventurarme en ese resto.

Los relatos posibles son proyecciones del ámbito en que existimos, pues no podemos representarlos sino desde nuestro lugar. Por ello vale el uso de la imaginación y la analogía para internarnos en lo que no queda referido en el cuento.

El caso de María cimbra los supuestos y significados más básicos de su mundo y del nuestro. Si la ficción hubiera tratado de una mujer ciega o sorda, o insensibilizada en la mayor parte del cuerpo por una lesión de la columna vertebral, tanto los supuestos elementales acerca del funcionamiento del mundo, como la red de significados que da sentido a ese ámbito, se habrían alterado, pero no de una manera tan drástica. El ciego, el sordo, el que no puede sentir en la mayor parte de su cuerpo, aunque tienen formas de insensibilidad saben lo que es el dolor. Este es una propiedad fundamental del ser humano.

Si mantenemos un holismo semántico, la alteración del significado de un concepto alterará los del resto. Mientras más básico sea el significado que alteramos, más se alterará el resto de la organización semántica. La ficción perturba el significado de dolor y con ello todos los conceptos ligados a él; pone en tensión la estructura de significados.

Departamento de Filosofía, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México.
amosen@prodigy.net.mx

Este texto comenta el artículo de José Luis Díaz (2002), “El dolor de María”, *Ludus Vitalis* 10(18): 149-154. Disponible en www.ludusvitalis.org / debates.

En el mundo de María, por ejemplo, ¿deja de ser esencial al ser humano tener dolor, o María no es humana? Los significados de *ser humano* y de *dolor* se han violentado. La ficción somete a tensión ambos conceptos. María tiene sensaciones, como su famoso *ersatz*; si no tuviera sensación alguna comenzaríamos a pensar que se parece más a un ángel que a un ser humano.

Con María se cimbraron no sólo los presupuestos primarios de su vida cotidiana sino también los de la ciencia de su época. Su caso representaba una anomalía para los paradigmas científicos vigentes. Ella buscó afanosamente una explicación objetiva de su estado porque la fe en la ciencia formaba parte de sus supuestos fundamentales. Avanzó muchísimo en el esclarecimiento neurológico del dolor y a pesar de ello, después del fracaso del último experimento al que se somete María, el conferenciante de la Sociedad Global del Dolor cuenta que:

Esto fue considerado por algunos colegas y filósofos un golpe definitivo al paradigma científico de que el dolor o cualquier experiencia tenían que ser idénticos o al menos estar relacionados con una actividad fisiológica particular del sistema nervioso.

No obstante, María pensó que no se trataba de un experimento crucial y que aún había una propiedad fisiológica desconocida que agregar a la teoría. En realidad, ni la existencia de María ni el fracaso de sus experimentos eran suficiente para echar abajo al paradigma científico que sostenía, ni tampoco a su tesis filosófica materialista. Los cambios tan radicales que implicaba una alteración tan violenta de la red semántica y cognitiva de María tenían no sólo un costo epistémico sino emocional.

El mundo de María es lo suficientemente parecido al nuestro como para que en él, lo mismo que en el nuestro, las exigencias popperianas de refutación sean desatendidas. Su actitud parece confirmar la concepción kuhniana de que en la elección de teorías intervienen no sólo factores lógicos sino psicológicos. Después de todo, María había dedicado los mejores años de su vida a comprobar su paradigma, estaba emocionalmente vinculada con él. ¿Era racional abandonarlo si con eso su vida perdía sentido?

Adentrémonos aún más en el mundo de María.

Nadie supo que entre los que escucharon la conferencia sobre la vida de María ante la Sociedad Global del Dolor se hallaba su psicoanalista. Él, desde luego, guardando el secreto profesional no comentó nada sobre su paciente. Se llamaba Iván.

Después de hacer su doctorado, María lo consultó. Se sentía muy infeliz, pues a pesar de todo su esfuerzo no sabía qué era el dolor. En la primera entrevista con Iván lo enteró de que ella deseaba sentir dolor y

que no dudaba en tratar cualquier medio para lograrlo, incluso el psicoanálisis. Durante las primeras entrevistas y antes de iniciar el análisis, Iván se preguntó si María era analizable, dadas sus condiciones extremas. ¿Podría el psicoanálisis dar elementos para comprender su situación, o al menos ofrecer algo a María?

Iván se hizo nuevas preguntas y una serie de hipótesis sobre María.

¿Cómo pudo sobrevivir? El dolor está asociado a la subsistencia, los seres complejos como los humanos no podemos sobrevivir sin el dolor. Sabe que María se ha salvado aprendiendo conductistamente a evitar el dolor, sin embargo, eso es milagroso; un sinnúmero de coincidencias debieron suceder para que María no se viera mortalmente herida o enferma. Una omnipotencia narcisista debe haberla acompañado; no ha necesitado del dolor para sobrevivir.

¿Qué es lo que María podía sentir? Si el cuerpo de María estaba insensibilizado para el dolor, ¿no lo estaba también para el placer? ¿Qué tan adormecido estaba el cuerpo de María? ¿Podía tener orgasmos, frío, calor, disfrutaba la comida, una caricia? Iván mantenía un holismo semántico en el que el significado de las palabras depende de sus antitéticos. Creía que no podríamos entender el significado de alegría sin tristeza, de vida sin muerte, de placer sin dolor, de pasión sin indiferencia, de amor sin odio.

Evitar el dolor y buscar el placer son motores de la existencia. Si estas capacidades estaban excluidas de la vida de María, ¿qué le movió a dedicarse con pasión a satisfacer su deseo de sentir dolor físico?

Al hacer la historia clínica, Iván concluyó que era una chica sensible, capaz de compadecerse del dolor ajeno, de sentir angustia e infelicidad. Pero, ¿cómo podía compadecerse del dolor ajeno si ella jamás lo había tenido? Le hubiera faltado un elemento empático, un ponerse en el lugar del otro, para poder sentir compasión. ¿Es lo que María me ha relatado realmente posible?, se preguntó Iván. Pensó que ninguna de estas capacidades hubiera sido posible si ella no conociera el dolor, al menos un dolor psíquico. Iván sabía que no era insensible a éste porque María conocía la angustia y la infelicidad.

Difícilmente podría encontrar una explicación histórica de su incapacidad de sentir dolor porque al parecer había nacido con ella. Más bien habría tenido que partir de esa condición constitucional; entenderla tal vez como un mecanismo de defensa extremo que operaba automáticamente ante la presencia de estímulos físicos traumáticos, y que protegían a María del dolor físico. Mediante este mecanismo, María había disociado desde siempre el soma de la psique. Iván pensó que no valía la pena intentar explicar causalmente este mecanismo sino analizar qué había hecho María a partir de esta situación constitucional. Deliberó y concluyó que María era analizable porque: disponía de un mundo psíquico; tenía

sueños, *lapsus linguae*, actos fallidos, fantasías; no era invulnerable al conflicto psíquico como lo atestiguaba su propia demanda de análisis; poseía emociones, deseos; tenía la capacidad de simbolizar pues poseía un lenguaje; había establecido durante su vida distintas relaciones de objeto, por lo que podía desarrollar una relación transferencial; había introyectado la prohibición del incesto, por lo que, de alguna manera, había atravesado por el conflicto edípico. No había razones para suponer que no tenía procesos y representaciones inconscientes. Además, María había tomado decisiones toda su vida, era un ser dotado de voluntad. Iván recordó también el concepto de accesibilidad de Betty Joseph, según el cual hay pacientes más difíciles de alcanzar que otros, por lo que la accesibilidad sólo puede establecerse en el desarrollo mismo del análisis. Iván finalmente se convenció de trabajar con María porque ella tenía dolor psíquico y quería analizarse. Intentaría trabajar a fondo con los afectos y el dolor anímico de María; ese era el terreno psicoanalítico.

Llegado el momento, Iván le dijo a María que el objetivo del psicoanálisis no era satisfacer la demanda de sus pacientes, aunque en algunos casos, como consecuencia indirecta del análisis, esas demandas se cumplían. En su caso, él veía casi imposible que pudiera llegar a sentir dolor físico, su estado era constitucional. Iván le dijo que lo importante era ver lo que había hecho de su vida y lo que podría hacer con ella partiendo de que era insensible al dolor físico. Mediante el psicoanálisis, María abría la posibilidad de acceder a su mundo interno, de comprender mejor el funcionamiento de su mente, de sus emociones, de tener otro vértice desde el cual ver sus conflictos, sus vínculos personales. Después de escucharlo, María meditó que había trabajado mucho tiempo en neurología y no había logrado su objetivo, ¿por qué no intentar otro camino? Además, psicoanalizarse no le impediría seguir trabajando en su laboratorio. Decidió probar.

A pesar de la disposición inicial de María para iniciar el tratamiento, se resistía a la asociación libre; era realmente difícil trabajar con ella. Su pensamiento era sumamente racional, materialista y empírico para decidir dejarlo a un lado. Muchas veces dijo a Iván que no lo necesitaba, que lo que él intentaba hacer con ella era inútil, que cómo podía aprender algo del análisis si ella era una gran doctora en ciencias. Iván pensaba en sus tendencias omnipotentes y la confrontaba con ellas.

Poco a poco, María empezó a hablar más de ella misma. Habló de que se sentía un fenómeno, como un espantoso zombi. Iván le preguntó si eso era *desagradable* para ella. Dijo que no, que le era indiferente; sin embargo, después de la sesión se dio cuenta que había mentido. En realidad era esta sensación desagradable uno de los motivos que la impulsaba a satisfacer su deseo de sentir dolor físico. Se dio cuenta entonces de que podía

distinguir no sólo las conductas y estados físicos asociados al dolor, sino también una cualidad psíquica de él: el displacer.

Durante el proceso analítico recordó la preocupación de sus padres por ella, los cuidados excesivos con que la rodeaban. María decía amarlos y les agradecía. Iván intervino en aquella ocasión refiriéndose a la castración simbólica de María: sus padres no la habían dotado de la capacidad de sentir dolor. Lentamente, María se percató del enorme resentimiento que tenía hacia ellos, sabía que racionalmente no podía culparlos pero eso no apaciguaba su sentimiento.

En una ocasión María comentó que no quería casarse ni tener hijos, la relación con su gato le era suficiente, era el único ser con quien se sentía capaz de convivir. Iván interpretó lo doloroso que era para ella enfrentarse a compartir su vida con un ser humano que sí era capaz de sentir dolor físico, que no era invulnerable a la envidia que le producía el resto de la humanidad que poseía la capacidad ausente en ella. Además le dijo que ahora las cosas estaban cambiando; María había establecido por primera vez, después de con sus padres, un profundo vínculo afectivo con un semejante: su analista. María se conmovió al escuchar esto pero no lloró.

En otra ocasión, María se refirió a la *angustia* que tuvo al sospechar que aunque tenía el *erzats* y podía compadecerse del dolor ajeno, ninguna de estas experiencias era normal. Iván le pidió que se detuviera a pensar en su angustia. Ella asoció libremente y vinieron a su mente ideas insospechadas. Iván ofreció nuevas interpretaciones que permitieron a María dar un nuevo significado a su angustia. Iván sabía que sus interpretaciones no eran siempre adecuadas, pero no había más remedio que darlas para ver qué tan desencaminado estaba.

María cada vez se sintió más libre para hablar de sus sentimientos de tristeza e infelicidad. Asoció a ellos nuevos significados y con ello comenzaron a tener una cualidad diferente. En varias ocasiones soñó que su gato hablaba con ella. Iván interpretaba estos sueños como una realización de deseos; María daba a su acompañante inseparable la cualidad que le faltaba, si él adquiría esta nueva facultad de hablar, por qué no podría ella adquirir la capacidad de sentir dolor.

Durante este proceso María no había abandonado su investigación experimental. Estaba más apasionada que nunca pensando que por fin podría sentir el dolor al desarrollar las descargas neuronales típicas del dolor. Como sabemos, después del Premio Nóbel, María estaba en la fase crucial de sus investigaciones y llevó a cabo el experimento que representaba el punto culminante de su trabajo. Fracásó.

Estamos al tanto de que intentó racionalizar su pérdida pensando que alguna propiedad fisiológica aún le era desconocida, pero no pudo disimular su pesadumbre. Es verdad, como dijo el conferenciante de la Sociedad del Dolor, que María lloró por primera vez.

Después de este trágico acontecimiento, cuando pudo ir de nuevo a análisis, lloró amargamente durante la sesión. Hizo un recuento de todas sus pérdidas, lloró por todos los dolores que no había tenido, por los años de esfuerzo desperdiciados, por las relaciones afectivas que no pudo establecer por estar dedicada a su trabajo, por el enorme desprecio que sentía por la vida. Confesó a Iván sus deseos de quitarse la vida, consideró que era la única vía para salir del dolor. Aunque preocupado, Iván la escuchó pacientemente y le hizo ver que su dolor psíquico era ahora semejante al de cualquier mortal. Esa noche, María tiene ese sueño en que finalmente sabe lo que es el dolor. Cuando al día siguiente se percata de que su viejo gato ha muerto, cobra conciencia de que su tristeza tiene ese nuevo componente, como dijo el conferenciante, realmente angustioso y lacerante.

Iván se entera de todos estos sucesos en la sesión vespertina. Está impresionado por los acontecimientos. María le ha relatado que por fin ha conocido el dolor físico al quemarse y cortarse accidentalmente el pie. Dentro de su conmoción, Iván trata de comprender lo que ha sucedido. Cree que estos fenómenos han coincidido con la evolución del dolor psíquico. Tal vez tendríamos una circunstancia en que las cosas se han invertido; no sería el dolor físico el que se transmutaría en dolor psíquico como Freud pensaba, sino el dolor psíquico el que proporcionó a María la oportunidad de recuperar el físico. Aparentemente, una red semántica seguía en juego; en su inconsciente se habían establecido nuevas conexiones semánticas.

Iván no puede dejar de pensar que el accidente en que María se cortó el pie fue un acto fallido motivado inconscientemente por su deseo de sentir dolor físico, que inconscientemente María sabía que estaba muy cerca de sentirlo y que sólo hacía falta la ocasión propicia para ello. Considera que con el sueño María ha logrado la simbolización de lo antes irrepresentable de su dolor; que su sueño ha sido el producto de una prolongada elaboración psíquica; que el vínculo transferencial establecido con él ha ofrecido a María la posibilidad de dar un nuevo significado a sus viejos sentimientos y levantar el mecanismo de defensa que actuó desde el nacimiento.

Tiempo después, durante la conferencia en que se hablaba de María, Iván escuchó al ponente decir:

Los analistas del caso todavía no nos ponemos de acuerdo sobre si fue una intervención sobrenatural, un mecanismo corporal de reparación celular impulsada por sus últimas reflexiones y sentimientos, o la expresión de los genes de la cualidad algésica (conocidos eventualmente como algenes) disparada por el estado de ánimo y aun por el contenido del sueño. [...] El caso es que María sanó de la noche a la mañana.

Iván se dijo de inmediato que tal vez debería participar y añadir su propia explicación. Sonrió al pensar que el cambio de María no se había producido de la noche a la mañana, era el producto de una elaboración psíquica que había llevado varios años. Se abstuvo, sin embargo, de intervenir. Pensó primero en su obligación profesional y después en que él mismo no confiaba plenamente en su propia explicación. Iván concluyó que cada mundo encierra sus misterios y el suyo no era la excepción. Además, consideró que comentar el proceso analítico de María en una conferencia de científicos naturales habría sido inútil; transmitir la experiencia analítica para quien no la ha vivido es tan difícil como intentar que María conociera el dolor sin sentirlo.

A pesar de la neutralidad analítica, Iván se sintió feliz de que María hubiera dejado de sentir dolor por no tener dolor.